EL PUEBLO DEL ABISMO

JACK LONDON

TRADUCCIÓN DE NICOLÁS MEDINA C.

ÍNDICE

Prólogo de Nicolás Medina Cabrera 7

Prefacio 13

Capítulo I: EL DESCENSO 15

Capítulo II: JOHNNY UPRIGHT 26

Capítulo III: MI HOSPEDAJE Y OTROS 32

Capítulo IV: UN HOMBRE Y EL ABISMO 37

Capítulo V: LOS QUE VIVEN AL BORDE DEL ABISMO 48

Capítulo VI: EL CALLEJÓN DE LA FRITANGA Y UN VISTAZO AL INFIERNO 56

Capítulo VII: UN CONDECORADO CON LA VICTORIA CROSS 67

Capítulo VIII: EL CARRETERO Y EL CARPINTERO 73

Capítulo IX: LA PICA 88

Capítulo X: LLEVAR LA PANCARTA 107

Capítulo XI: LA OLLA 113

Capítulo XII: EL DÍA DE LA CORONACIÓN 127

Capítulo XIII: DAN CULLEN, ESTIBADOR 143

Capítulo XIV: EL LÚPULO Y LOS LUPULEROS 150

Capítulo XV: LA ESPOSA DEL MAR 160

Capítulo XVI: PROPIEDAD VERSUS PERSONA 165

Capítulo XVII: INEFICIENCIA 171

Capítulo XVIII: SUELDOS 179

Capítulo XIX: EL GUETO 187

Capítulo XX: CAFETERÍAS Y HOSPEDAJES DE MALA MUERTE 203

Capítulo XXI: LA PRECARIEDAD DE LA VIDA 215

Capítulo XXII: EL SUICIDIO 227

Capítulo XXIII: LOS NIÑOS 236

Capítulo XXIV: UNA VISIÓN DE LA NOCHE 244

Capítulo XXV: EL GEMIDO DEL HAMBRE 249

Capítulo XXVI: ALCOHOL, SOBRIEDAD Y AHORRO 259

Capítulo XXVII: LA DIRECCIÓN 268

DE PRECIPICIOS HUMANOS
Prólogo de Nicolás Medina Cabrera

Al tiempo le agrada pulverizar imperios, ciudades, culturas y rostros. Todo surge, muta y perece en este teatro de sombras, sobre todo algo tan frágil como el papel; sin embargo, ciertos libros parecen contener el secreto de una voz incesante, un murmullo profundo, un eco remoto que susurra en la conciencia. Jack London sobrevive como clásico en la órbita anglosajona. Dentro del cosmos hispanoamericano su leyenda se recluye en el reino de las aventuras juveniles. Entre nosotros, London evoca trineos y oros febriles, episodios marineros, bestias salvajes y la antigua lucha del hombre contra la naturaleza. En tal veta influenció al joven Onetti y a otros tantos escritores y lectores que hoy descansan en la oscura placidez de la tierra. La dimensión política de London, no obstante, sigue siendo un territorio casi desconocido en nuestras cartografías. Y esta nueva traducción de *The People of the Abyss* pretende compartir una faceta crucial del autor de *Colmillo Blanco*.

¿Se justifica desempolvar una crónica sociológica que detalla la pobreza marginal del Londres de principios de siglo veinte? ¿Por qué importa revivir las desdichas cotidianas de miles de

personas que murieron hace más de un siglo en una isla húmeda y lluviosa? ¿Qué fibra íntima ha de tocar en un lector latinoamericano de la actualidad? La respuesta a tales preguntas son potestad de quien se arroje a estas páginas, pero como traductor y admirador de esta obra, me compete reivindicarla en su rango de texto pionero, valioso, esclarecedor y categóricamente vivo. Un libro que nos lleva a concluir que todavía enfrentamos las desigualdades grotescas de la revolución industrial y las dinámicas con que amoldó el destino reciente de nuestra especie. Porque ajeno a deconstrucciones, marxismos desvaídos, liberalismos vaporosos y un largo y académico etcétera, esta inmersión de London en la marginalidad británica fue más allá del *voyerismo* o el turismo social. Y no se trató, tampoco, de un acercamiento misionero hacia los carenciados, sino de la constatación empírica de cómo la civilización industrial relegó a millones de personas a una existencia precaria, a un precipicio donde el estándar de vida resultaba peor que el de tribus del neolítico.

Se podrá objetar que el escollo no es el capitalismo *per se* o que los avances tecnológicos han reducido el nivel de miseria humana, pues el pobre de hoy tiene mayor acceso a bienes materiales que a principios del siglo veinte. Más de uno habrá de destacar la disminución de la mortalidad infantil, la existencia de hospitales públicos, la conquista de ciertos derechos mínimos y el paso de la desnutrición a la obesidad como dilema estadístico. Y reconozco que algo de razón hay en sus precisiones. Aun así, el problema denunciado por London en la Inglaterra imperial persiste en toda capital de Latinoamérica, donde la extrema opulencia se ubica a muy pocos kilómetros de la miseria. Que el narco domine las villas, las poblaciones, las favelas o las

barriadas no altera el fondo del asunto, sino todo lo contrario: denuncia con más fuerza la existencia de un margen donde las potencialidades humanas se mutilan desde el útero o la cuna. Allí están, con sus particularidades, los *East Ends* de Río de Janeiro, Lima, Bogotá, Santiago, Buenos Aires o Montevideo. Allí florecen los arrabales que las élites segregan o desprecian. Todo ese mundo violento que la caridad, la prensa y la maquinaria electoral utiliza como insumos para sus fines específicos, sin ofrecer algo más que paliativos o caricaturas.

¿Qué escribiría el fantasma de Jack London tras pasearse por la población La Legua Emergencia o la Santo Tomás o la San Gregorio? ¿Qué llamaría su atención en Fuerte Apache o en alguna barriada del Callao? Le sobraría material para reseñar las injusticias que cada país comete con gran parte de sus hijos. Y seguramente alzaría su pluma contra aquellos potentados que, con mayor o menor visibilidad, contribuyen a preservar tanto abismo.

Los altos sacerdotes y gobernantes gritan:

"Oh, Señor y Maestro, no somos culpables
Tan solo construimos al igual que nuestros padres;
Contempla tus imágenes y ve cómo se elevan
Soberanas y exclusivas a lo largo de esta tierra.

Nuestra misión es dura: con fuego y espada
Eternizar tu tierra tal cual fue creada,
y con filosos cayados de acero guardarte
a tu rebaño de ovejas tal cual lo dejaste.

Entonces Jesucristo buscó a un artesano
—a un hombre vulgar, ojeroso y atrofiado—
y a una niña sin madre cuyos flacos deditos
se apartaban de sus leves pecados y apetitos.

A estos dos los dispuso en medio de ellos,
Y mientras recogían el borde de sus mantos bellos
Por miedo a la corrupción, Cristo dijo: «¡Aquí
Tienen las imágenes que han hecho de mí.[1]

James Russell Lowell, Parable II

---

1 'O Lord and Master, not ours the guilt, / We build but as our fathers built; / Behold thine images, how they stand, / Sovereign and sole, through all our land.

'Our task is hard,--with sword and flame / To hold thine earth forever the same, / And with sharp crooks of steel to keep / Still, as thou leftest them, thy sheep.'

Then Christ sought out an artisan, / A low-browed, stunted, haggard man, / And a motherless girl, whose fingers thin / Pushed from her faintly want and sin.

These set he in the midst of them, / And as they drew back their garment-hem, / For fear of defilement, 'Lo, here,' said he, / 'The images ye have made of me!'

PREFACIO

Viví las experiencias relatadas en este libro durante el verano de 1902. Me sumergí en el bajo mundo de Londres con una actitud mental que asocio a la de un viajero explorador. Iba dispuesto a ser persuadido por la evidencia presentada ante mis ojos, más que por las enseñanzas de quienes no habían visto ese mundo, o por las palabras de aquellos que sí lo habían visto y visitado anteriormente. Además, llevé conmigo un criterio simple con el cual medir la vida del bajo mundo. Lo que daba más vida, más salud física y espiritual, era bueno; lo que acortaba la vida (aquello que la dañaba, empequeñecía y distorsionaba) era malo.

Pronto será evidente para el lector que atestigüé muchas cosas malas. Sin embargo, no ha de olvidarse que escribí en una época considerada en Inglaterra como "buenos tiempos". El hambre y la falta de hogares que encontré constituyen una condición crónica de la miseria que jamás se erradica, incluso en periodos de gran prosperidad y bonanza.

Después del verano en cuestión llegó un invierno duro. Numerosos grupos de desempleados formaban procesiones (a veces por docenas) y marchaban implorando por pan a través de

las calles de Londres. El señor Justin McCarthy, escribiendo en enero de 1903 para el *New York Independent*, sintetiza la situación de ese modo:

"Los asilos para pobres no tienen más espacio para recibir a las masas hambrientas que, todos los días, se reúnen frente a sus puertas clamando por comida y techo. Todas las instituciones de caridad han agotado sus medios tratando de conseguir reservas de alimentos para los residentes famélicos de las buhardillas y sótanos ubicados en los pasajes y callejones de Londres. En varios sitios de Londres, los cuarteles del Ejército de Salvación son asediados noche a noche por multitudes de hambrientos y desempleados a los que no se les puede proveer alimento ni refugio".

Se ha insistido que mi actitud crítica respecto a la situación de Inglaterra es demasiado pesimista. Debo decir, como atenuante, que soy el más optimista de los optimistas. Pero pondero menos a la humanidad por sus agrupaciones políticas que por sus individuos. La sociedad crece, mientras que las maquinarias políticas se hacen añicos y se convierten en chatarra. Para Inglaterra, en cuanto a sus hombres, mujeres, su salud y su felicidad, veo un futuro grande y alegre. Pero para gran parte de la maquinaria política (que actualmente sólo trabaja para su propio beneficio) no veo nada más que un basural lleno de escombros.

Jack London
Piedmont, California

Capítulo I
EL DESCENSO

—Pero no puedes hacerlo. Y lo sabes —dijeron mis amigos cuando les pedí ayuda para hundirme en el East End de Londres—. Sería mejor que pidieras escolta a la policía —añadieron, recapacitando, pensándolo dos veces, esforzándose dolorosamente para lidiar con los procesos psicológicos de un loco, un hombre que se había arrimado a ellos con más credenciales que cerebro.

—Pero yo no quiero ver a la policía —protesté—. Lo que yo quiero hacer es ir al East End y ver la situación con mis propios ojos. Deseo saber cómo vive la gente de allí, por qué viven en ese lugar, y cuáles son sus razones para seguir viviendo. En resumen, iré a vivir allí.

—¡No querrás ir a *vivir* allí! —dijeron todos, con grandes muecas desaprobatorias en sus caras —. ¿Por qué? Porque se dice que hay sitios donde la vida de un hombre no vale un centavo.

—Precisamente esos son los sitios que deseo ver —interrumpí.

—Pero no puedes. Y lo sabes —fue la respuesta constante.

—No he venido aquí a discutirlo —contesté bruscamente, algo irritado por su incomprensión —. Yo soy un extraño en esta ciudad. Y quiero que me cuenten lo que saben sobre el East End, quizá para hacerme una idea inicial, algo para empezar.

—No sabemos nada del East End. Está por ahí, en algún lugar —Y vagamente apuntaron con sus manos hacia una dirección donde tal vez el sol resplandecía muy rara vez.

—Entonces voy a ir a Cook's[2] —anuncié.

¡Pero Cook! ¡Oh, Thomas Cook & Son! Grandes exploradores y creadores de senderos, carteles de señales hacia todo el mundo, prestadores de primeros auxilios a viajeros en peligro. Instantáneamente y sin dudarlo, con calma y celeridad, podrías mandarme a la oscura África o a lo más recóndito del Tíbet. ¡Sin embargo, no conoces el camino hasta el East End de Londres, un sitio extremadamente cercano, apenas a unos pasos de distancia de Ludgate Circus!

—No puede hacer eso, señor —dijo el emporio humano de rutas y viajes en la agencia Cook de Cheapside —. Es tan, ejem… tan inusual.

Ante mi persistencia, el agente de viajes concluyó con autoridad:

—Consulte a la policía. No solemos llevar viajeros al East End. Nunca recibimos solicitudes para llevarlos allí y no tenemos la más mínima idea o información acerca de ese lugar…

—No importa. Olvídelo —intervine, para evitar ser expulsado de la agencia por su oleada de negativas —. Hay algo que puede hacer por mí. Quiero que comprenda por adelantado lo

2 N. del T. "Thomas Cook & Son", primera compañía de viajes y excursiones del mundo, fundada por el empresario Thomas Cook en 1841.

que pretendo hacer; así, en caso de problemas, será capaz de identificarme.

—¡Oh, ya veo! En caso de ser asesinado, quiere que seamos capaces de identificar su cadáver.

Lo dijo a sangre fría y de una manera tan animada, que al instante divisé mi cuerpo mutilado y desnudo, estirado sobre un pedazo de pavimento donde caía una constante llovizna de agua helada. Y lo vi a él, agachándose tristemente, identificando el cuerpo del americano loco que *vería* el East End.

—No, no —respondí —. Sólo deseo que me identifiquen en caso de tener problemas con los *bobbies*[3] —Pronuncié estas últimas palabras con entusiasmo; verdaderamente estaba apropiándome de la jerga local.

—Eso es un tema que debe resolverse en la Oficina Central —dijo —. Es tan insólita su solicitud, señor. —añadió a manera de disculpa.

El hombre de la Oficina Central carraspeaba y balbuceaba.

—Tenemos una regla interna —explicó— que no nos permite dar información referida a nuestros clientes.

—Pero en este caso —insistí— es el cliente quien pide que usted suministre información personal.

Otra vez vaciló. Y yo me adelanté velozmente:

—Por supuesto que se trata de una situación insólita, pero…

—Justamente iba a comentarle que era una situación sin precedentes —continuó hablando —. Y creo que no podemos hacer nada por usted.

---

3 N. del T. Forma de referirse a los policías en argot londinense.

Pese a todo, me largué después de obtener la dirección de un detective que vivía en el East End, y torcí mi rumbo hacia la residencia del Cónsul General americano. Y una vez allí, finalmente, hallé un hombre con el cual podía "hacer negocios". No hubo dudas, ni cejas levantadas, ni abierta incredulidad, ni desconcertante asombro. En un minuto me presenté y expliqué mi proyecto, que él aceptó como materia de hecho. Al segundo minuto, preguntó mi edad, altura y peso, y me echó un vistazo de inspección. Y al tercer minuto, mientras nos despedíamos con un apretón de manos, el cónsul dijo:

—Todo en orden, Jack. Me acordaré de ti y te seguiré la pista.

Di un suspiro de alivio. Habiendo quemado todas las naves a mis espaldas, ya era libre para zambullirme en aquella jungla humana de la cual nadie parecía saber nada. Pero de inmediato me topé con una nueva dificultad, personificada en la silueta de mi cochero, un personaje decoroso y de bigotes grises que me había conducido por varias horas a través de la "City".

—Lléveme hasta el East End —ordené y tomé asiento en el carruaje.

—¿Adónde, señor? —preguntó con franca sorpresa.

—Al East End, a cualquier esquina, vamos.

El carruaje avanzó varios minutos por una ruta aleatoria hasta detenerse en un momento de confusión. La rendija sobre mi cabeza estaba abierta, y el cochero se volteó y me miró hacia abajo, perplejo.

—Este… —dijo— ¿a qué lugar quiere ir?

—Al East End —repetí—. A ningún sitio en especial. Sólo lléveme por ahí.

—Pero, ¿cuál es la dirección, señor?

—¡Ya le dije! —exclamé—. Lléveme hasta el East End, ¡y ahora, andando!

Era evidente que no comprendía; no obstante, volteó su cabeza, se quejó entre dientes e hizo andar al caballo.

Quizá en ninguna calle de Londres se pueda evitar una visión de la pobreza abyecta; cinco minutos de caminata, desde casi cualquier punto, lo conducirán a uno hasta una barriada pobre. Pero el sector que mi carruaje ahora penetraba era una barriada interminable. Las calles eran abarrotadas por una raza nueva y diferente, baja de estatura, de aspecto miserable o empapado de cerveza. Recorrimos millas de ladrillos y sordidez; en cada esquina y bocacalle relucían largas panorámicas de miseria y más ladrillos. Por aquí o por allá se tambaleaba un hombre borracho o una mujer ebria, y el aire se tornaba obsceno con cencerros y ruidos de peleas. En un mercado, ancianos y mujeres viejas caminaban a tumbos, hurgando en la basura arrojada al lodo, buscando papas podridas, frijoles y vegetales descompuestos. Entretanto, niños pequeños pululaban como moscas alrededor de un montón de frutas, hundiendo sus brazos en esa pulpa infecta; metían los brazos hasta los hombros y sacaban gajos y bocados parcialmente pútridos que devoraban allí mismo, en el acto.

No nos cruzamos con ningún otro carruaje en todo nuestro recorrido; mi coche era como una aparición de otro mundo mejor, y los niños corrían persiguiéndolo por cuadras. Y tan lejos como alcanzaba mi vista se divisaban las paredes sólidas de ladrillo, las veredas cubiertas de barro, las calles bulliciosas. Por primera vez en la vida me golpeó el temor a las masas. Era como el miedo al océano; y las multitudes zarrapastrosas, calle tras calle, semejaban oleajes de un inmenso mar maloliente que me rodeaba y amenazaba con saltar y cubrirme.

—Stepney, señor. La Estación Stepney —dijo el cochero desde el pescante.

Miré en derredor. Realmente era una estación de trenes; el cochero había conducido el carro desesperadamente hasta ese lugar, el único sitio familiar dentro de esa selva, el único nombre del cual había oído algo alguna vez.

—Muy bien —dije.

El cochero farfullaba vocablos indescifrables. Negaba con la cabeza y se veía rodeado de miseria.

—Aquí soy todo un forastero —consiguió pronunciar—. Y si usted no deseaba venir a la Estación Stepney, que Dios me diga lo que usted quiere, Señor.

—Le diré lo que quiero —dije—. Haga andar al caballo y mantenga un ojo atento para encontrar una tienda de ropa usada. Cuando vea una tienda de ese tipo, siga recto, doble en la primera esquina, deténgase ahí y permítame bajar.

Notaba que el cochero iba aumentando su recelo acerca del viaje; sin embargo, al rato viró en una calle y me informó que había una tienda de ropa vieja un poquito más atrás.

—¿Por qué no me paga? —pidió—. Me debe siete con seis.

—Sí —contesté—. Y será lo último que veré de usted.

—¡Caramba! Será lo último que yo veré de usted si es que no me paga —replicó.

Un grupo de mirones harapientos ya se había congregado en torno al coche; me reí otra vez y caminé hasta la tienda de ropa usada.

Una vez allí, la dificultad principal consistió en lograr que el vendedor comprendiera que yo, en verdad, necesitaba ropa vieja. No obstante, después de varios intentos estériles de engatusarme con pantalones y abrigos nuevos, comenzó a sacar

a la luz montones de prendas añejas. Mientras me enseñaba los fardos de ropa usada me observaba, misterioso, con una insinuación sombría. Y actuaba así con la intención patente de hacerme saber que él ya me había "identificado" como un probable malhechor. Gracias al temor a ser descubierto, él podría demolerme y estrujarme, obligándome a pagar muy caro por mis compras. Un hombre en problemas o un criminal de clase alta desde el otro lado del mar: así me había medido. En cualquier caso, una persona angustiada por eludir a la policía.

Pero disputé con él acerca de las escandalosas diferencias entre el valor de las prendas y sus precios, hasta el punto de esfumarle los prejuicios sobre mi persona; y entonces se aprestó a regatear duro con un cliente empecinado. Al final elegí un par de pantalones gruesos y ajados, una chaqueta deshilachada a la cual le quedaba un único botón, un par de botines que habían sido gastados en alguna mina de carbón, un cinturón delgado de cuero y un jockey de tela muy sucio. Mi ropa interior y mis calcetines, sin embargo, eran nuevos y abrigados, pero del tipo que cualquier huérfano americano, en una racha de suerte, podía adquirir en el transcurso normal de la vida.

—Debo confesar que usted es muy avispado —comentó el vendedor, con falsa admiración, cuando le alargué los diez chelines que acordamos por mis prendas —. ¡Caramba! Si no ha ido y venido por Petticut Lane hasta ahora. Sus pantalones le valen cinco *bob*[4] a cualquier paisano; y un estibador me hubiese dado dos con seis por los botines. Y eso sin hablar del abrigo y el jockey y la camiseta y las otras pilchas.

4 N. del T. Bob. Un chelín en jerga.